

Reflexiones desde la encrucijada

Transformación, liderazgo y vida religiosa

REFLEXIÓN N.º 2 · JULIO 2026



Recoge la sabiduría, teje un sueño

Cuando la memoria por sí sola no basta.

Hay una frase que escribí hace años y que todavía me inquieta: cuando una comunidad tiene más recuerdos que sueños, está muriendo. No lo digo a la ligera. Los recuerdos importan. Llevan consigo la fragancia de la historia fundacional. Guardan los nombres de las mujeres y los hombres que se entregaron con una generosidad asombrosa.

Conservan el temple, el sacrificio, el humor, el duelo y el coraje que hicieron de una comunidad lo que es.

Una comunidad sin memoria queda a la deriva. Pero una comunidad con solo memoria se convierte en un museo. Y la vida religiosa nunca fue concebida para ser un museo. Fue concebida para ser una respuesta viva a la llamada de Dios en la historia. Un fuego particular. Una manera de ver. Una manera de amar. Una manera de estar en el mundo cuando el mundo anhela algo más pleno, más justo, más humano, más de Dios. Por eso importa soñar. No la fantasía. No el voluntarismo institucional. No un plan estratégico con mejores adjetivos.

Soñar, en su sentido más profundo, es una forma de fidelidad.

Pregunta: ¿Qué está tratando de traer a la vida el Espíritu entre nosotros ahora? ¿Qué queda todavía inacabado en nuestro carisma? ¿Qué futuro pugna ya contra los muros de nuestra vida presente, pidiendo ser acogido, probado y encarnado? Muchas comunidades hoy se encuentran ante un umbral difícil. El pasado es rico. El presente es exigente. El futuro es incierto. Eso no es un fracaso. Es la encrucijada.

Y en la encrucijada, una de las grandes tentaciones es seguir mirando hacia atrás, no porque el pasado fuera perfecto, sino porque es reconocible. Tiene muebles. Tiene fotografías en la pared. Sabemos dónde se guardan los platos.

El futuro no ofrece esa clase de consuelo. El futuro llega primero como perturbación. Llega como inquietud. Como duelo. Como la silenciosa admisión de que lo que antes daba vida quizá ya no baste. Como la dolorosa constatación de que mantener lo que existe puede consumir la mismísima energía necesaria para imaginar lo que aún podría nacer. Por eso la visión transformadora no consiste simplemente en redactar una declaración de visión.

La mayoría de las comunidades han tenido declaraciones de visión. Algunas son hermosas. Muchas están olvidadas. Cuelgan de las paredes, aparecen en documentos y desaparecen de la vida cotidiana. Esto se debe a que una declaración de visión, por sí sola, no puede transformar una comunidad. Puede nombrar lo que una comunidad espera. No puede sustituir el camino que hace creíble esa esperanza.

La visión transformadora es diferente. No es pronosticar el futuro. No es gestionar el declive con un lenguaje más suave. No es adornar las respuestas de ayer para las preguntas de mañana. Es un camino comunitario de fe.

Su propósito es recoger la sabiduría ya presente en la comunidad y tejer un sueño lo bastante fuerte como para despertar su alma. Esa frase todavía me suena verdadera.

Recoge la sabiduría. Teje un sueño.

La sabiduría no se encuentra solo en los archivos, aunque los archivos importan. No se encuentra solo en los documentos fundacionales, aunque los documentos fundacionales importan. No se encuentra solo en informes de expertos, estudios demográficos o análisis estratégicos, aunque estos tienen su lugar.

La sabiduría más honda se encuentra en la experiencia vivida de los miembros. En las preguntas que llevan. En el duelo que no siempre nombran. En la santa terquedad de quienes todavía creen que hay algo más que dar. En los miembros más jóvenes o más nuevos que se preguntan si habrá suficiente futuro para habitarlo. En los compañeros de misión que quizá vean dones que la comunidad se ha vuelto demasiado cansada para reconocer.

La sabiduría se recoge a través de la conversación honesta. La conversación pausada. La conversación con suficiente seguridad para que la verdad emerja y suficiente valentía para que la verdad no se dulcifique en cortesía.

Aquí es donde fracasan muchos esfuerzos de visión. Se quedan demasiado cerca de la orilla. Comienzan con energía y buena intención, pero cuando afloran las preguntas de fondo, el proceso se vuelve cauteloso. La gente dice que no hay tiempo suficiente. O que no hay dinero suficiente. O que hay demasiado conflicto. O demasiado cansancio. O que la comunidad es demasiado mayor. O que los miembros no están preparados.

A veces son preocupaciones reales. A veces son evasivas bellamente vestidas. Siempre hay una buena razón para quedarse en la orilla. Pero la transformación rara vez comienza con la comodidad. Comienza cuando una comunidad dice la verdad sobre el costo de quedarse donde está.

El primer movimiento es el despertar.

Algo tiene que atravesar la niebla ordinaria. Una comunidad tiene que ver que seguir como de costumbre no es neutral. Tiene consecuencias. El statu quo no está quieto. Está llevando a la comunidad a algún lugar. La pregunta es si ese lugar es vida.

Pero el dolor por sí solo no basta. El dolor puede despertarnos, pero no puede sostener el camino. Una comunidad también necesita esperanza. Esperanza audaz. No un optimismo pegado sobre el duelo, sino una esperanza con tierra bajo las uñas. Una esperanza que ha mirado la realidad y todavía cree que Dios no ha terminado.

Luego viene el arraigo.

Una comunidad debe recoger sabiduría sobre su propia cultura, su contexto más amplio y sus sueños más hondos. Debe preguntarse: ¿Quiénes somos, realmente? ¿Qué decimos que valoramos, y qué revelan en verdad nuestras pautas? ¿Qué está ocurriendo

en el mundo, en la Iglesia, en el vecindario, en el planeta, que nos pide algo nuevo? ¿Qué sueños siguen vivos bajo el cansancio?

Estas preguntas no se responden con rapidez. Ni se responden bien solo con encuestas. Requieren escucha. Requieren contemplación. Requieren esa clase de diálogo en el que las personas no están meramente esperando para hablar, sino permitiéndose ser afectadas por lo que oyen.

Luego viene el soñar.

Esto suele ser más difícil de lo que parece. Muchas comunidades saben analizar. Saben criticar. Saben elaborar documentos cuidadosos. Saben recordar. Saben nombrar las limitaciones. Soñar pide otro músculo. Pregunta: ¿Qué amaríamos lo suficiente como para arriesgarnos por ello? ¿Qué nos haría querer levantarnos por la mañana? ¿Qué traería vida no solo a nosotros, sino a través de nosotros? ¿Qué podría hacer sonreír a Dios?

Eso puede sonar como una pregunta tierna. También es peligrosa. Porque una vez que una comunidad empieza a soñar honestamente, quizá tenga que admitir que algunos compromisos actuales ya no llevan la vida que una vez llevaron. Quizá tenga que soltar ministerios, estructuras, edificios, costumbres o modos de entenderse a sí misma que se han vuelto más sobre la preservación que sobre la misión.

Soltar no es traición. A veces es la única manera en que el amor sigue moviéndose. Pero soñar por sí solo puede volverse etéreo. En algún momento, los sueños necesitan tomar forma. Necesitan ser probados. Necesitan criterios. ¿Impulsa esto la misión? ¿Se ajusta a la realidad? ¿Despierta esperanza y pasión? ¿Es realizable con un esfuerzo total?

Luego viene el discernimiento.

Aquí es donde la visión se vuelve más que planificación. Una comunidad no se pregunta simplemente: «¿Qué opción preferimos?». Pregunta: «¿Dónde percibimos la llamada de Dios?». Esa pregunta cambia la sala.

Pide a los miembros que traigan sus deseos con honestidad, pero que los sostengan con ligereza. Pide a la comunidad que entreteja mi voluntad, nuestra voluntad y la voluntad de Dios. Eso no es sencillo. Quien diga lo contrario no ha pasado mucho tiempo en el discernimiento comunitario. Hay sudor en ello. Hay entrega en ello. También hay libertad.

Cuando el discernimiento es real, la comunidad no está meramente eligiendo un proyecto. Está siendo moldeada por la elección. El proceso mismo se vuelve formativo. Los miembros escuchan de otra manera. Arriesgan de otra manera. Se vuelven más honestos sobre lo que aman y lo que temen.

Y, por último, está el realizar.

Los sueños siguen siendo sueños a menos que se actúe sobre ellos. En algún momento, las comunidades deben hacer algo. No estudiar para siempre. No debatir para siempre. No esperar hasta que todos estén igualmente preparados, igualmente entusiasmados, igualmente claros. Hacer algo. Intentar algo lo bastante pequeño como para aprender de ello y lo bastante significativo como para que importe. Experimentar. Evaluar. Ajustar. Intentar de nuevo. Cierta sabiduría solo llega después de que nos movemos.

Esta suele ser la pieza que falta. Las comunidades pueden pasar años pensando su camino hacia una nueva manera de actuar. A veces necesitan actuar su camino hacia una nueva manera de pensar.

El futuro no llega plenamente formado. Llega en fragmentos. En trazas. Una conversación. Una alianza. La pregunta de un miembro más joven. La necesidad de un vecino. Un ministerio que ya no encaja. Un duelo que no se va. Una nueva posibilidad al borde del viejo mapa.

El trabajo es advertir. Recoger. Tejer. Arriesgar. El pasado merece reverencia. Pero la reverencia no es lo mismo que la repetición. Honrar un carisma no es embalsamarlo. Es dejarlo respirar de nuevo en un tiempo nuevo, a través de nuevas formas, para nuevas necesidades. Ese es el trabajo que hoy tienen ante sí muchas comunidades. No abandonar el pasado. No aferrarse a él. Permitir que lo mejor del pasado sea reunido de nuevo, reinterpretado y ofrecido hacia adelante como don.

Este no es un trabajo fácil. Pide coraje, duelo, imaginación, honestidad y paciencia. Pide a las comunidades volverse más íntimas con Dios y entre sí de lo que la eficiencia suele permitir.

Pero todavía hay sabiduría por recoger.

Todavía hay sueños por tejer.

*Y quizá, incluso ahora, bajo las tablas del suelo de la conciencia, el futuro ya se está
agitando.*

Para la reflexión

- ¿En qué aspecto de tu comunidad, tu ministerio o tu propia vida se te invita a pasar de recordar lo que ha sido a soñar lo que aún quiere nacer?
- ¿Qué sabiduría llevamos ya que aún no hemos recogido?
- ¿Qué sueño podría emerger si escucháramos más hondamente juntos?
- ¿Qué pequeño experimento podría ayudarnos a actuar nuestro camino hacia una nueva manera de pensar?

En los próximos meses seguirán más reflexiones.

Ted Dunn, Ph.D.

Graced Crossroads

www.gracedcrossroads.com

Véase también, Gather the Wisdom, Weave a Dream: una guía de visión para líderes y planificadores de comunidades de fe que buscan un cambio profundo y una transformación.

CCS Publications (2024).

y

*Gather the Wisdom, Weave a Dream: Transformative Visioning as a Refounding Process.
Human Development, Summer 2010.*

